

Sobre leyendas de reptiles

Por José Antonio Albizu Ecenarro

Es muy probable, seguro diría yo, que los reptiles, y más concretamente las culebras, para la mayoría de la gente, son los animales más repugnantes, los más «criticados» y los que soportan sobre sí mayor cantidad de bulos, falsedades e historias aptas para animales no terrenos.

La culebra es un animal que carece en absoluto de facultades propias de animales raciales. Esto lo digo, porque en la mayor parte de las leyendas que existen alrededor de éstas, se les pretende dar unos instintos tan avanzados que penetran ya en el campo de la inteligencia.

Uno de los bulos más extendidos, es el de las facultades hipnóticas de las serpientes. Sin embargo ¿es esto cierto? Aunque no está aún acabado de comprobar, es casi unánime la opinión de los Naturalistas que estudian el caso, de que estos animales carecen de poder hipnótico. Veamos un caso que quizá algún día lo observemos nosotros mismos.

Paseando cierto día por el monte, oímos de pronto el piar desesperado de un pájaro, en un matorral próximo; nos detenemos para tratar de observar el motivo de tal terror y vemos el siguiente cuadro: un pájaro al parecer con el ala rota, revolotea difícilmente por unas ramas bajas y avanza poco a poco con gran dificultad. A un par de metros del pajarillo, vemos a una culebra de buen tamaño que avanza tras él. La escena se repite: cuando ya parece que atraparé la culebra al pájaro, éste da un pequeño vuelo y se aleja del reptil otra pequeña distancia. En esto el pájaro, herido según las apariencias, levanta el vuelo y se pierde en la espesura de algún árbol, volando con gran agilidad; la chasqueada culebra ha quedado sin alimento por ésta vez. ¿Qué ha pasado? ¿Estaba herido

el pájaro? Si hubiéramos observado la escena desde el principio, habríamos visto un nido en un matorral, y en el nido, un pajarillo —nuestro protagonista— con sus tres polluelos aún sin plumar. De pronto el pájaro ve una culebra que avanza hacia su nido; su instinto le dice todo el peligro que corren sus crías, y entonces lleva a cabo toda la escena que antes hemos observado, la comedia del ala rota y el resultado es, naturalmente, que la familia pajaril, por esta vez no se viste de luto. Pero la historia no acaba ahí. El observador de esta escena, bien puede ser un individuo con abundante imaginación; entonces a él nadie le podrá negar que ha sido testigo presencial de un «claro» caso de hipnotismo; el pajarillo piaba aterrorizado, prendido por el «flujo magnético» de la malvada culebra. Sin embargo es mucho más sensato imaginar que este truco del ala rota, no se relaciona con alguna facultad «cagliostrica», y si en cambio producto del instinto de conservación de la especie.

Otro caso que se oye mucho, es el de la vaca que no produce la cantidad de leche que normalmente solía producir. Grandes cavilaciones y sospechas del dueño del animal, le llevan a la solución: la culpable era una culebra que de noche se introducía en el establo y mamando directamente de las ubres del animal, robaba sus buenos litros de leche. Ahora bien, en una culebra grande apenas cabe, materialmente medio litro de leche. ¿Cómo se podría notar su falta? Por otra parte en estado salvaje, la culebra jamás se alimenta de leche, aunque en cautividad este líquido suele ser de su agrado.

Una variante de este bulo es el caso de la mujer que al quedarse dormida dando de mamar a su hijo, entra una culebra en su alcoba, aparta con suavidad al niño y para que éste no llore le introduce su cola en la boca y comienza ella a extraer la leche. Naturalmente esta historia es aún más absurda que la anterior; y cuando nos la cuenta el narrador —quedice siempre ocurrió a personas de gran crédito—esperamos oír de un momento a otro, que la culebra abonó al final de su ágape, el importe de su consumición; porque después de haber hecho todo lo anterior...

Es frecuente oír en los pueblos, historias de culebras de gran tamaño aparecidas frecuentemente y en un mismo lugar, que espanta a todo aquél que aparece en sus dominios. Pero cuando uno —movido por su curiosidad— quiere preguntar y enterarse, nunca encuentra a la «afortunada» persona que haya sido testigo del hecho. Siempre nos encontramos con el inevitable intermediario, normalmente tan exagerado como el protagonista.

En una ocasión hablaba con cierto pescador aficionado —nada «exagerado» por cierto— el cual me relató la siguiente historia

(hay que advertir que de antemano me confesó todo el terror que le inspiraban las culebras, nada despreciable por cierto). Iba nuestro buen hombre, cierto día de primavera, camino de «Tximist-arri», muy contento con sus bártulos de pesca y con la sanísima intención de sacar algunas «muxarras», cuando de pronto en el camino le salió al paso una culebra de gran tamaño —por la descripción que me dio no era víbora, que le hizo frente con amenazadores bufidos; el asustado pescador se paró y como pudo sorteó el temible obstáculo, apretando a correr por el pendiente camino que le conducía a las rocas. Cuál no sería su terror cuando al mirar hacia atrás vio que le seguía la serpiente. Pero lo curioso del caso no es el motivo de esta persecución —que también se las trae— sino el modo de cómo lo verificaba el animal. Este, para tratar de capturar al inocente pescador que se le escapaba corriendo por el Camino, se dobló sobre sí misma y formando un aro, bajaba por el atajo rodando a velocidades considerables. Este trágico momento lo resolvió el pescador, parándose al borde de un cortado, precipitándose entonces el animal al mar. Y no olvidemos que la persona que me lo relató nunca se destacó por sus «bolas», pero el terror nos hace ver a veces verdaderas películas de miedo. Y cuando al terror se le une la ignorancia...

Y frente a todo esto tenemos la realidad. Las culebras son animales tímidos por naturaleza, que jamás osan hacer frente a animales superiores a ella, y mucho menos al hombre, naturalmente. Nos puede suceder que excitemos involuntariamente a uno de estos animales, pisándoles por ejemplo. Puede suceder también que en determinadas épocas —sobre todo cuando hacen su muda, entonces el animal está irritable y furioso de dolor— nos haga frente alguna culebra. Pero, lo normal es que a la vista del hombre escapen temerosas, si no ven interrumpida su carrera por algún golpe «heróico» que destroce su espinazo.

Así que ha sonado la hora de que cesemos en nuestros odios culebriles, que nunca están justificados. Y hemos de empezar por nosotros, que nos llamamos personas sensatas; el dejar a una culebra pasar tranquilamente a nuestro lado, será un buen signo de sensatez.

DONOSTIA, a Julio de 1959